LA BIBLIOTECA FILOSÓFICA

FIÓDOR DOSTOYEVSKI

El sueño de un hombre ridículo



Texto original en español

LECTURA COMPLETA · Nº 105

LA BIBLIOTECA FILOSÓFICA · LECTURA COMPLETA

FIÓDOR DOSTOYEVSKI

El sueño de un hombre ridículo

Texto original en español

El sueño de un hombre ridículo, de Fiódor Dostoyevski. Texto original en español. Texto de dominio público.

Transcripción de Wikisource, publicada bajo licencia Dominio público. Esta edición, con su división en capítulos, títulos y resúmenes, se publica bajo la misma licencia.

Edición de La Biblioteca Filosófica. Léela también online, con marcapáginas, en labibliotecafilosofica.com/leer/el-sueno-de-un-hombre-ridiculo-dostoyevski/.

Sobre esta obra

Un funcionario de San Petersburgo, que se considera ridículo y ya no siente nada, decide suicidarse. Esa noche, una niña le pide ayuda en la calle y él la rechaza; después se queda dormido con el revólver en la mano y sueña.

Se respeta la ortografía de la edición original, por eso verás «á» como preposición o «ménos» con tilde.

Índice

1. Fiódor Dostoyevski
2. El sueño de un hombre ridículo
3. I
4. II
5. III
6. IV
7. V
8. ¡Gracias por leer este libro de www.elejandria.com!

01

Fiódor Dostoyevski

Empieza: «»

Publicado: 1877Fuente: en.wikisource.orgTraductor al inglés: Constance GarnettTraducción al castellano: Elejandría

0 2

El sueño de un hombre ridículo

Empieza: «»

Fiódor Dostoyevski

03

I

Empieza: «"Soy una persona ridícula. Ahora me llaman loco. Eso sería un ascenso si no fuera porque sigo siendo tan ridículo a sus...»

"Soy una persona ridícula. Ahora me llaman loco. Eso sería un ascenso si no fuera porque sigo siendo tan ridículo a sus ojos como antes. Pero ahora no me resiento, todos me son queridos ahora, incluso cuando se ríen de mí, y de hecho, es justo entonces cuando son especialmente queridos para mí. Podría unirme a su risa, no exactamente de mí mismo, sino por cariño hacia ellos, si no me sintiera tan triste al mirarlos. Triste porque ellos no conocen la verdad y yo sí la conozco. ¡Oh, cuán difícil es ser el único que conoce la verdad! Pero ellos no lo entenderán. No, no lo entenderán.

En el pasado solía sentirme miserable por parecer ridículo. No parecer, sino ser. Siempre he sido ridículo, y lo he sabido, quizás, desde la hora en que nací. Quizás desde que tenía siete años sabía que era ridículo. Después fui a la escuela, estudié en la universidad y, ¿saben?, cuanto más aprendía, más comprendía completamente que era ridículo. Así que al final parecía como si todas las ciencias que estudié en la universidad existieran solo para probar y hacer evidente para mí a medida que profundizaba en ellas que era ridículo. Era lo mismo con la vida que con la ciencia. Con cada año,

la misma conciencia de la ridícula figura que cortaba en cada relación crecía y se fortalecía. Todos siempre se reían de mí. Pero ninguno de ellos sabía o sospechaba que si había un hombre en la tierra que mejor que nadie sabía que yo era absurdo, era yo mismo, y lo que más me resentía era que ellos no lo supieran. Pero eso fue mi propia culpa; era tan orgulloso que nada habría inducido jamás a contárselo a nadie. Este orgullo creció en mí con los años; y si hubiera ocurrido que me permitiera confesarle a alguien que era ridículo, creo que esa misma noche me habría volado los sesos. ¡Oh, cómo sufrí en mi juventud temprana por el miedo de que pudiera ceder y confesarlo a mis compañeros de escuela! Pero desde que llegué a la edad adulta, por alguna razón desconocida me he calmado, aunque me di cuenta de mi terrible característica más completamente cada año. Digo 'desconocida', porque hasta el día de hoy no puedo decir por qué fue. Quizás se debió a la terrible miseria que estaba creciendo en mi alma por algo que era de más consecuencia que cualquier otra cosa sobre mí: esa algo era la convicción que se había apoderado de mí de que nada en el mundo importaba. Ya había tenido una idea de ello, pero la plena realización llegó el año pasado casi de repente. De repente sentí que me daba igual que el mundo existiera o que nunca hubiera habido nada en absoluto: empecé a sentir con todo mi ser que no existía nada. Al principio pensé que muchas cosas habían existido en el pasado, pero luego adiviné que tampoco había habido nada en el pasado, sino que solo había parecido así por alguna razón. Poco a poco adiviné que tampoco habría nada en el futuro. Entonces dejé de enojarme con la gente y casi dejé de notarlos. De hecho, esto se mostró incluso en las más pequeñas nimiedades: solía, por ejemplo, chocar contra la gente en la calle. Y no tanto por estar perdido en mis pensamientos: ¿qué tenía que pensar? Ya casi había

dejado de pensar en ese momento; nada me importaba. Si al menos hubiera resuelto mis problemas. ¡Oh, no había resuelto ninguno, y cuántos había! Pero dejé de preocuparme por cualquier cosa, y todos los problemas desaparecieron.

Y fue después de eso que descubrí la verdad. Aprendí la verdad el pasado noviembre, el tres de noviembre, para ser precisos, y recuerdo cada instante desde entonces. Fue una tarde sombría, una de las más sombrías posibles. Volvía a casa alrededor de las once, y recuerdo que pensé que la tarde no podía ser más sombría. Incluso físicamente. Había estado lloviendo todo el día, y había sido una lluvia fría, sombría, casi amenazante, con, recuerdo, un rencor inconfundible contra la humanidad. De repente, entre las diez y las once, había parado y había sido seguida por una humedad horrible, más fría y húmeda que la lluvia, y una especie de vapor se elevaba de todo, de cada piedra en la calle y de cada callejón si uno miraba por él hasta donde se podía. De repente se me ocurrió que si todas las luces de la calle se hubieran apagado, habría sido menos triste, que el gas entristecía más el corazón porque lo iluminaba todo. Ese día apenas había cenado y había pasado la tarde con un ingeniero, y otros dos amigos también habían estado allí. Me senté en silencio, creo que los aburrí. Hablaron de algo emocionante y de repente se emocionaron por ello. Pero en realidad no les importaba, podía verlo, y solo fingían estar emocionados. De repente se lo dije. 'Amigos', les dije, 'realmente no les importa de una manera u otra'. No se ofendieron, pero se rieron de mí. Eso fue porque hablé sin ningún tono de reproche, simplemente porque no me importaba. Vieron que no lo hacía y les divirtió."

Mientras pensaba en las lámparas de gas en la calle, levanté la vista hacia el cielo. El cielo estaba horriblemente oscuro, pero se podían

ver claramente nubes desgarradas y entre ellas parches negros insondables. De repente noté en uno de estos parches una estrella y comencé a observarla intensamente. Eso fue porque esa estrella me había dado una idea: decidí matarme esa noche. Lo había decidido firmemente dos meses antes, y aunque era pobre, ese mismo día compré un espléndido revólver y lo cargué. Pero habían pasado dos meses y todavía estaba en mi cajón; estaba tan indiferente que quería aprovechar un momento en el que no lo estuviera, ¿por qué? No lo sé. Y así, durante dos meses, cada noche que llegaba a casa pensaba en dispararme. Estaba esperando el momento adecuado. Y ahora esta estrella me dio un pensamiento. Decidí que ciertamente sería esa noche. Y por qué la estrella me dio la idea, no lo sé.

Y justo cuando estaba mirando el cielo, esta niña me tomó del codo. La calle estaba vacía y apenas se veía a alguien. Un cochero dormía a lo lejos en su carruaje. Era una niña de ocho años con un pañuelo en la cabeza, vestida solo con un miserable vestidito todo empapado por la lluvia, pero noté sus zapatos rotos y mojados y ahora los recuerdo. Me llamaron la atención en particular. De repente me tiró del codo y me llamó. No estaba llorando, pero gritaba espasmódicamente unas palabras que no podía pronunciar correctamente, porque temblaba y se estremecía toda. Estaba aterrorizada por algo y seguía gritando "¡Mamá, mamá!". Me volví hacia ella, no dije una palabra y seguí adelante, pero ella corrió tirando de mí, y había ese tono en su voz que en los niños asustados significa desesperación. Conozco ese sonido. Aunque no articulaba las palabras, entendí que su madre estaba muriendo, o que algo así les estaba sucediendo, y que había salido corriendo a buscar a alguien, a encontrar algo para ayudar a su madre. No fui con ella;

por el contrario, tuve el impulso de alejarla. Primero le dije que fuera a un policía. Pero ella, juntando las manos, corrió a mi lado sollozando y jadeando, y no me dejaba. Entonces golpeé el suelo con el pie y le grité. Ella gritó "¡Señor! ¡señor!..." pero de repente me abandonó y corrió a toda velocidad a través de la calle. Apareció allí otro transeúnte, y ella evidentemente huyó de mí hacia él.

Subí a mi quinto piso. Tengo una habitación en un piso donde hay otros inquilinos. Mi habitación es pequeña y pobre, con una ventana de buhardilla en forma de semicírculo. Tengo un sofá cubierto de cuero americano, una mesa con libros, dos sillas y un cómodo sillón, tan viejo como puede ser, pero de la buena forma antigua. Me senté, encendí la vela y comencé a pensar. En la habitación contigua a la mía, a través de la pared divisoria, se estaba desatando un auténtico manicomio. Había estado ocurriendo durante los últimos tres días. Allí vivía un capitán retirado y tenía media docena de visitantes, caballeros de dudosa reputación, bebiendo vodka y jugando a stoss con cartas viejas. La noche anterior había habido una pelea, y sé que dos de ellos habían estado arrastrándose mutuamente por el cabello durante mucho tiempo. La casera quería quejarse, pero estaba aterrorizada por el capitán. Solo había otro inquilino en el piso, una delgada señora regimental en visita a San Petersburgo, con tres niños pequeños que se habían enfermado desde que llegaron a la vivienda. Tanto ella como sus hijos tenían un miedo mortal al capitán y yacían temblando y persignándose toda la noche, y el niño más pequeño tuvo una especie de ataque por el miedo. Ese capitán, sé de hecho, a veces detiene a la gente en el Prospecto Nevsky y pide limosna. No lo aceptan en el servicio, pero lo extraño es (por eso estoy contando esto) que todo este mes que el capitán ha estado aquí, su

comportamiento no me ha causado ninguna molestia. Por supuesto, he intentado evitar su conocimiento desde el principio, y él también se aburrió de mí desde el principio; pero no me importa cuánto griten al otro lado de la partición ni cuántos estén allí: me quedo despierto toda la noche y los olvido tan completamente que ni siquiera los oigo. Me quedo despierto hasta el amanecer y he estado así durante el último año. Me siento toda la noche en mi sillón en la mesa, sin hacer nada. Solo leo de día. Me siento, ni siquiera pienso; las ideas de algún tipo vagan por mi mente y las dejo ir y venir a su antojo. Se quema toda una vela cada noche. Me senté tranquilamente en la mesa, saqué el revólver y lo puse delante de mí. Cuando lo puse, me pregunté, recuerdo, "¿Es así?" y respondí con total convicción, "Lo es". Es decir, me dispararé. Sabía que me dispararía esa noche con certeza, pero cuánto tiempo más seguiría sentado en la mesa no lo sabía. Y sin duda me habría disparado si no hubiera sido por esa niña.

04

II

Empieza: «Verás, aunque nada me importaba, podía sentir dolor, por ejemplo. Si alguien me hubiera pinchado, me habría dolido. Era lo mismo moralmente:...»

Verás, aunque nada me importaba, podía sentir dolor, por ejemplo. Si alguien me hubiera pinchado, me habría dolido. Era lo mismo moralmente: si hubiera ocurrido algo muy patético, habría sentido lástima, tal como solía hacerlo en los viejos tiempos cuando había cosas en la vida que me importaban. Sentí lástima esa tarde. Ciertamente habría ayudado a un niño. Entonces, ¿por qué no había ayudado a la niña? Por una idea que se me ocurrió en ese momento: cuando ella me llamaba y tiraba de mí, de repente surgió ante mí una pregunta y no pude resolverla. La pregunta era ociosa, pero me molestaba. Me molestaba la reflexión de que si iba a acabar conmigo mismo esa noche, nada en la vida debería haberme importado. ¿Por qué de repente no sentí un extraño pinchazo, completamente incongruente con mi posición? Realmente no sé cómo transmitir mejor mi sensación fugaz en ese momento, pero la sensación persistió en casa cuando estaba sentado en la mesa, y estaba muy irritado como no lo había estado durante mucho tiempo. Una reflexión siguió a otra. Vi claramente que mientras aún fuera un ser humano y no nada, estaba vivo y, por lo tanto, podía sufrir, enojarme y sentir vergüenza por mis

acciones. Así sea. Pero si voy a matarme, digamos, en dos horas, ¿qué me importa la niña y qué tengo que ver yo con la vergüenza o con cualquier otra cosa en el mundo? Me convertiré en nada, absolutamente nada. ¿Y puede ser realmente cierto que la conciencia de que dejaré de existir completamente e inmediatamente y, por lo tanto, todo lo demás dejará de existir, no afecta en lo más mínimo mi sentimiento de lástima por el niño ni el sentimiento de vergüenza después de una acción despreciable? Golpeé y grité a la desdichada niña como para decir: no solo no siento lástima, sino que incluso si me comporto de manera inhumana y despreciable, soy libre de hacerlo, porque en otras dos horas todo se extinguirá. ¿Crees que por eso grité? Ahora estoy casi convencido de ello. Me parecía claro que la vida y el mundo dependían de alguna manera de mí ahora. Casi puedo decir que el mundo ahora parecía creado solo para mí: si me disparaba, el mundo dejaría de existir al menos para mí. No digo nada de que probablemente nada existirá para nadie cuando me haya ido, y que tan pronto como mi conciencia se extinga, todo el mundo también desaparecerá y se volverá vacío como un fantasma, como un mero apéndice de mi conciencia, porque posiblemente todo este mundo y todas estas personas solo sean yo mismo. Recuerdo que mientras estaba sentado y reflexionaba, giré todas estas nuevas preguntas que se agolpaban una tras otra de manera completamente distinta, y pensé en algo completamente nuevo. Por ejemplo, una extraña reflexión me ocurrió de repente, que si hubiera vivido antes en la luna o en Marte y allí hubiera cometido la acción más vergonzosa y deshonrosa y hubiera sido puesto en tal vergüenza e ignominia como solo se puede concebir y realizar en sueños, en pesadillas, y si, encontrándome después en la tierra, pudiera retener el recuerdo de lo que había hecho en el otro planeta y al mismo tiempo supiera

que nunca, bajo ninguna circunstancia, volvería allí, entonces mirando desde la tierra a la luna, ¿me importaría o no? ¿Sentiría vergüenza por esa acción o no? Estas eran preguntas ociosas y superfluas porque el revólver ya estaba ante mí, y sabía en cada fibra de mi ser que iba a suceder con certeza, pero me emocionaron y me enfurecí. No podía morir ahora sin haber resuelto algo primero. En resumen, la niña me había salvado, porque pospuse mi disparo por el bien de estas preguntas. Mientras tanto, el clamor había comenzado a disminuir en la habitación del capitán: habían terminado su juego, se estaban acomodando para dormir y, mientras tanto, gruñían y terminaban perezosamente sus disputas. En ese momento, de repente me quedé dormido en mi silla en la mesa, algo que nunca me había sucedido antes. Me quedé dormido sin darme cuenta.

Los sueños, como todos sabemos, son cosas muy extrañas: algunas partes se presentan con una vividez aterradora, con detalles elaborados con el acabado minucioso de una joya, mientras que otras se recorren, por así decirlo, sin notarlas en absoluto, como por ejemplo, a través del espacio y el tiempo. Los sueños parecen ser impulsados no por la razón, sino por el deseo, no por la cabeza, sino por el corazón, y sin embargo, ¡qué trucos tan complicados ha jugado a veces mi razón en los sueños, qué cosas completamente incomprensibles le suceden! Por ejemplo, mi hermano murió hace cinco años. A veces sueño con él; participa en mis asuntos, estamos muy interesados, y sin embargo, durante todo mi sueño sé y recuerdo perfectamente que mi hermano está muerto y enterrado. ¿Cómo es que no me sorprende que, aunque esté muerto, esté aquí a mi lado y trabajando conmigo? ¿Por qué mi razón lo acepta completamente? Pero basta. Comenzaré a hablar sobre mi sueño.

Sí, tuve un sueño, mi sueño del tres de noviembre. Ahora se burlan de mí, diciéndome que fue solo un sueño. ¿Pero importa si fue un sueño o la realidad, si el sueño me reveló la verdad? Si una vez se ha reconocido la verdad y se la ha visto, sabes que es la verdad y que no hay otra y no puede haberla, estés dormido o despierto. Que sea un sueño, que así sea, pero esa vida real de la que tanto haces, tenía la intención de extinguirla con el suicidio, y mi sueño, mi sueño, ¡oh, me reveló una vida diferente, renovada, grandiosa y llena de poder!

Escucha.

05

III

Empieza: «He mencionado que me quedé dormido sin darme cuenta y parecía seguir reflexionando sobre los mismos temas. De repente soñé que tomaba...»

He mencionado que me quedé dormido sin darme cuenta y parecía seguir reflexionando sobre los mismos temas. De repente soñé que tomaba el revólver y lo apuntaba directamente a mi corazón, mi corazón y no mi cabeza; y había decidido de antemano dispararme en la sien derecha. Después de apuntar a mi pecho, esperé uno o dos segundos, y de repente mi vela, mi mesa y la pared frente a mí comenzaron a moverse y a agitarse. Me apresuré a apretar el gatillo.

En los sueños a veces caes desde una altura, te apuñalan o te golpean, pero nunca sientes dolor a menos que, quizás, realmente te golpees contra el cabecero de la cama, entonces sientes dolor y casi siempre te despiertas por ello. Lo mismo sucedió en mi sueño. No sentí ningún dolor, pero parecía como si con mi disparo todo dentro de mí se sacudiera y todo se oscureciera repentinamente, y se volvió horriblemente negro a mi alrededor. Parecía estar cegado y entumecido, y estaba acostado sobre algo duro, estirado boca arriba; no veía nada y no podía hacer el más mínimo movimiento. La gente caminaba y gritaba a mi alrededor, el capitán bramaba, la casera chillaba, y de repente otro descanso y me llevaban en un

ataúd cerrado. Y sentí cómo el ataúd se sacudía y reflexioné sobre ello, y por primera vez me golpeó la idea de que estaba muerto, completamente muerto, lo sabía y no tenía dudas al respecto, no podía ver ni moverme y, sin embargo, sentía y reflexionaba. Pero pronto me reconcilié con la situación, y como uno suele hacer en un sueño, acepté los hechos sin discutirlos.

Y ahora estaba enterrado en la tierra. Todos se fueron, me quedé solo, completamente solo. No me moví. Siempre que antes había imaginado estar enterrado, la única sensación que asociaba con la tumba era la de humedad y frío. Así que ahora sentí que estaba muy frío, especialmente en las puntas de los dedos de los pies, pero no sentí nada más.

Yacía quieto, curiosamente no esperaba nada, aceptando sin disputa que un muerto no tiene nada que esperar. Pero estaba húmedo. No sé cuánto tiempo pasó, si una hora, varios días o muchos días. Pero de repente una gota de agua cayó sobre mi ojo izquierdo cerrado, abriéndose camino a través de la tapa del ataúd; un minuto después le siguió una segunda, luego un minuto después una tercera, y así sucesivamente, regularmente cada minuto. Hubo un repentino destello de profunda indignación en mi corazón, y de repente sentí un dolor físico en él. "Esa es mi herida", pensé; "esa es la bala..." Y gota tras gota, cada minuto, seguía cayendo sobre mi párpado cerrado. Y de repente, no con mi voz, sino con todo mi ser, llamé al poder responsable de todo lo que me estaba sucediendo: "Quienquiera que seas, si existes, y si algo más racional que lo que está sucediendo aquí es posible, permite que sea aquí ahora. Pero si te estás vengando de mí por mi absurdo suicidio con la fealdad y la absurdidad de esta existencia posterior, entonces déjame decirte

que ninguna tortura podría igualar el desprecio que seguiré sintiendo en silencio, aunque mi martirio dure un millón de años".

Hice este llamamiento y guardé silencio. Hubo un minuto completo de silencio ininterrumpido y de nuevo cayó otra gota, pero supe con una certeza infinita e inquebrantable que todo cambiaría inmediatamente. Y he aquí que mi tumba de repente se rasgó, es decir, no sé si fue abierta o excavada, pero fui atrapado por algún ser oscuro y desconocido y nos encontramos en el espacio. De repente recuperé la vista. Era la medianoche, y nunca, nunca había habido tal oscuridad. Volábamos por el espacio, lejos de la tierra. No cuestioné al ser que me llevaba; estaba orgulloso y esperaba. Me aseguré de que no tenía miedo y estaba emocionado con éxtasis ante la idea de que no tenía miedo. No sé cuánto tiempo estuvimos volando, no puedo imaginarlo; sucedió como siempre sucede en los sueños cuando saltas sobre el espacio y el tiempo, y las leyes del pensamiento y la existencia, y solo te detienes en los puntos por los que anhela el corazón. Recuerdo que de repente vi en la oscuridad una estrella. "¿Es esa Sirio?" pregunté impulsivamente, aunque no había tenido la intención de hacer preguntas.

"No, esa es la estrella que viste entre las nubes cuando volvías a casa", respondió el ser que me llevaba.

Sabía que tenía algo parecido a un rostro humano. Curiosamente, no me gustaba ese ser, de hecho sentía una intensa aversión por él. Yo había esperado la completa inexistencia, y por eso me había disparado en el corazón. Y aquí estaba en manos de una criatura no humana, por supuesto, pero aún viviente, existente. "Y así hay vida más allá de la tumba", pensé con la frivolidad extraña que uno tiene en los sueños. Pero en lo más profundo mi corazón permanecía

inalterado. "Y si tengo que existir de nuevo", pensé, "y vivir una vez más bajo el control de algún poder irresistible, no seré vencido ni humillado".

"Sabes que tengo miedo de ti y me desprecio por eso", le dije de repente a mi compañero, incapaz de abstenerme de la humillante pregunta que implicaba una confesión, y sintiendo mi humillación clavarse en mi corazón como con un alfiler. Él no respondió a mi pregunta, pero de repente sentí que ni siquiera me despreciaba, sino que se reía de mí y no sentía compasión por mí, y que nuestro viaje tenía un objeto desconocido y misterioso que me concernía solo a mí. El miedo crecía en mi corazón. Algo se comunicaba mudamente y dolorosamente conmigo desde mi silencioso compañero y se impregnaba en todo mi ser. Volábamos a través del espacio oscuro y desconocido. Había perdido de vista desde hacía algún tiempo las constelaciones familiares para mis ojos. Sabía que había estrellas en los espacios celestiales cuya luz tardaba miles o millones de años en llegar a la tierra. Quizás ya estábamos volando a través de esos espacios. Esperaba algo con una angustia terrible que torturaba mi corazón. Y de repente me emocionó un sentimiento familiar que me conmovió hasta lo más profundo: ¡de repente vi nuestro sol! Sabía que no podía ser nuestro sol, que daba vida a nuestra tierra, y que estábamos a una distancia infinita de nuestro sol, pero por alguna razón sabía en todo mi ser que era un sol exactamente como el nuestro, una réplica del mismo. Un dulce y emocionante sentimiento resonó con éxtasis en mi corazón: el poder afín de la misma luz que me había dado luz hizo eco en mi corazón y lo despertó, y tuve una sensación de vida, la antigua vida del pasado por primera vez desde que había estado en la tumba.

"Pero si eso es el sol, si es exactamente el mismo que nuestro sol", grité, "¿dónde está la tierra?"

Y mi compañero señaló hacia una estrella que parpadeaba en la distancia con una luz esmeralda. Volábamos directamente hacia ella.

"¿Y son posibles tales repeticiones en el universo? ¿Puede ser esa la ley de la naturaleza?... Y si eso es una tierra allí, ¿puede ser exactamente la misma tierra que la nuestra... exactamente igual, tan pobre, tan infeliz, pero preciosa y amada para siempre, despertando en los hijos más ingratos el mismo amor punzante por ella que sentimos por nuestra tierra?" grité, sacudido por un amor extático e irresistible por la antigua y familiar tierra que había dejado. La imagen de la pobre niña a la que había rechazado cruzó por mi mente.

"Lo verás todo", respondió mi compañero, y había un tono de tristeza en su voz.

Pero nos acercábamos rápidamente al planeta. Estaba creciendo ante mis ojos; ya podía distinguir el océano, el contorno de Europa; y de repente un sentimiento de una gran y santa envidia se encendió en mi corazón.

"¿Cómo puede repetirse y para qué? Yo amo y solo puedo amar esa tierra que he dejado, manchada con mi sangre, cuando, en mi ingratitud, apagué mi vida con una bala en mi corazón. Pero nunca, nunca dejé de amar esa tierra, y quizás en la misma noche en que me separé de ella, la amé más que nunca. ¿Hay sufrimiento en esta nueva tierra? En nuestra tierra solo podemos amar con sufrimiento y a través del sufrimiento. No podemos amar de otra

manera, y no conocemos otro tipo de amor. Quiero sufrimiento para poder amar. Anhelo, tengo sed, en este mismo instante, de besar con lágrimas la tierra que he dejado, y no quiero, no aceptaré la vida en ninguna otra".

Pero mi compañero ya me había dejado. De repente, sin darme cuenta cómo, me encontré en esta otra tierra, bajo la brillante luz de un día soleado, hermosa como un paraíso. Creo que estaba parado en una de las islas que forman en nuestro globo el archipiélago griego, o en la costa del continente frente a ese archipiélago. Oh, todo era exactamente como con nosotros, solo que todo parecía tener un resplandor festivo, el esplendor de algún gran y santo triunfo alcanzado al fin. El mar cariñoso, verde como esmeralda, salpicaba suavemente la orilla y la besaba con un amor manifiesto, casi consciente. Los altos y hermosos árboles estaban en todo el esplendor de su floración, y sus innumerables hojas me saludaban, estoy seguro, con su suave y cariñoso susurro y parecían articular palabras de amor. La hierba brillaba con flores brillantes y fragantes. Las aves volaban en bandadas en el aire y se posaban sin miedo en mis hombros y brazos, y me golpeaban alegremente con sus queridas y aleteantes alas. Y finalmente vi y conocí a la gente de esta tierra feliz. Ellos vinieron a mí por sí mismos, me rodearon, me besaron. Los hijos del sol, los hijos de su sol, ¡oh, cuán hermosos eran! Nunca había visto en nuestra propia tierra tanta belleza en la humanidad. Solo quizás en nuestros niños, en sus primeros años, se podría encontrar un reflejo remoto y débil de esta belleza. Los ojos de esta gente feliz brillaban con un brillo claro. Sus rostros estaban radiantes con la luz de la razón y la plenitud de una serenidad que viene del entendimiento perfecto, pero esos rostros eran alegres; en sus palabras y voces había un

tono de alegría infantil. Oh, desde el primer momento, desde la primera mirada a ellos, ¡lo entendí todo! Era la tierra sin mancha por la Caída; en ella vivían personas que no habían pecado. Vivían justo en un paraíso como aquel en el que, según todas las leyendas de la humanidad, nuestros primeros padres vivieron antes de pecar; la única diferencia era que toda esta tierra era el mismo paraíso. Esta gente, riendo alegremente, se apiñó a mi alrededor y me acarició; me llevaron a su casa con ellos, y cada uno de ellos trató de tranquilizarme. Oh, no me hicieron preguntas, pero parecían, imaginé, saberlo todo sin preguntar, y querían apresurarse a borrar los signos de sufrimiento de mi rostro.

06

IV

Empieza: «¿Y sabes qué? Bueno, concediendo que solo fue un sueño, sin embargo, la sensación del amor de esas personas inocentes y hermosas...»

¿Y sabes qué? Bueno, concediendo que solo fue un sueño, sin embargo, la sensación del amor de esas personas inocentes y hermosas me ha quedado para siempre, y siento como si su amor todavía estuviera fluyendo hacia mí desde allí. Los he visto yo mismo, los he conocido y me he convencido; los amé, sufrí por ellos después. Oh, entendí de inmediato incluso en ese momento que en muchas cosas no podía entenderlos en absoluto; como un ruso progresista y despreciable de San Petersburgo, me pareció inexplicable que, sabiendo tanto, no tuvieran, por ejemplo, una ciencia como la nuestra. Pero pronto me di cuenta de que su conocimiento se obtenía y fomentaba por intuiciones diferentes a las de nosotros en la tierra, y que sus aspiraciones también eran completamente diferentes. No deseaban nada y estaban en paz; no aspiraban a conocer la vida como nosotros aspiramos a entenderla, porque sus vidas estaban llenas. Pero su conocimiento era más alto y profundo que el nuestro; porque nuestra ciencia busca explicar qué es la vida, aspira a entenderla para enseñar a otros cómo amar, mientras que ellos, sin ciencia, sabían cómo vivir; y eso lo entendí, pero no pude entender su conocimiento. Me mostraron sus

árboles, y no pude comprender el intenso amor con el que los miraban; era como si estuvieran hablando con criaturas como ellos mismos. Y tal vez no me equivoque si digo que conversaban con ellos. Sí, habían encontrado su lenguaje, y estoy convencido de que los árboles los entendían. Miraban toda la naturaleza de esa manera, a los animales que vivían en paz con ellos y no los atacaban, sino que los amaban, conquistados por su amor. Señalaron las estrellas y me dijeron algo sobre ellas que no pude entender, pero estoy convencido de que de alguna manera estaban en contacto con las estrellas, no solo en pensamiento, sino por algún canal vivo. Oh, estas personas no insistieron en tratar de hacerme entender, me amaron sin eso, pero yo sabía que nunca me entenderían, así que apenas les hablé de nuestra tierra. Solo besé en su presencia la tierra en la que vivían y adoré mudamente a ellos mismos. Y ellos vieron eso y me dejaron adorarlos sin avergonzarse de mi adoración, porque ellos mismos amaban mucho. No se sentían infelices por mi culpa cuando a veces besaba sus pies con lágrimas, consciente con alegría del amor con el que responderían al mío. A veces me preguntaba con asombro cómo era posible que nunca ofendieran a una criatura como yo, y nunca despertaran en mí un sentimiento de celos o envidia. A menudo me preguntaba cómo podía ser que, fanfarrón y mentiroso como era, nunca les hablaba de lo que sabía, de lo cual, por supuesto, ellos no tenían ni idea, que nunca me sentí tentado a hacerlo por un deseo de asombrarlos o incluso de beneficiarlos.

Eran tan alegres y juguetones como niños. Vagaban por sus hermosos bosques y matorrales, cantaban sus encantadoras canciones; su alimento era ligero: las frutas de sus árboles, la miel de sus bosques y la leche de los animales que los amaban. El

trabajo que hacían por la comida y el vestido era breve y no laborioso. Amaban y engendraban hijos, pero nunca noté en ellos el impulso de esa cruel sensualidad que supera a casi todos los hombres en esta tierra, a todos y cada uno, y es la fuente de casi todos los pecados de la humanidad en la tierra. Se regocijaban por la llegada de los niños como seres nuevos para compartir su felicidad. No había peleas, ni celos entre ellos, y ni siquiera sabían lo que esas palabras significaban. Sus hijos eran los hijos de todos, porque todos formaban una sola familia. Apenas había enfermedades entre ellos, aunque sí había muerte; pero sus ancianos morían en paz, como si se durmieran, dando bendiciones y sonrisas a los que los rodeaban para despedirse por última vez con sonrisas brillantes y encantadoras. Nunca vi dolor ni lágrimas en esas ocasiones, solo amor, que llegaba al punto del éxtasis, pero un éxtasis tranquilo, perfeccionado y contemplativo. Uno podría pensar que todavía estaban en contacto con los difuntos después de la muerte, y que su unión terrenal no se cortaba por la muerte. Apenas me entendían cuando les preguntaba sobre la inmortalidad, pero evidentemente estaban tan convencidos de ella sin razonar que para ellos no era una pregunta en absoluto. No tenían templos, pero tenían un sentido real, vivo e ininterrumpido de unidad con todo el universo; no tenían credo, pero tenían un conocimiento cierto de que cuando su alegría terrenal alcanzara los límites de la naturaleza terrenal, entonces vendría para ellos, para los vivos y para los muertos, una plenitud aún mayor de contacto con todo el universo. Esperaban ese momento con alegría, pero sin prisa, sin anhelarlo, pero pareciendo tener un anticipo de ello en sus corazones, de lo cual hablaban entre sí.

Por la noche, antes de irse a dormir, les gustaba cantar en un coro musical y armonioso. En esas canciones expresaban todas las sensaciones que el día que se iba les había dado, cantaban sus glorias y se despedían de él. Cantaban las alabanzas de la naturaleza, del mar, de los bosques. Les gustaba hacer canciones sobre sí mismos y elogiarse unos a otros como niños; eran las canciones más simples, pero brotaban de sus corazones e iban al corazón. Y no solo en sus canciones, sino en toda su vida, parecían no hacer otra cosa que admirarse mutuamente. Era como estar enamorados unos de otros, pero con un sentimiento abarcador y universal.

Algunas de sus canciones, solemnes y extáticas, apenas las entendía del todo. Aunque entendía las palabras, nunca pude comprender su significado completo. Permanecía, por así decirlo, más allá del alcance de mi mente, pero mi corazón inconscientemente lo absorbía cada vez más. A menudo les decía que había tenido un presentimiento de ello mucho antes, que esa alegría y esa gloria me habían llegado en nuestra tierra en forma de una melancolía anhelante que a veces se acercaba a un dolor insoportable; que había tenido un conocimiento previo de ellos y de su gloria en los sueños de mi corazón y las visiones de mi mente; que a menudo en nuestra tierra no podía mirar el sol poniente sin lágrimas... que en mi odio hacia los hombres de nuestra tierra siempre había un angustioso anhelo: ¿por qué no podía odiarlos sin amarlos? ¿por qué no podía evitar perdonarlos? y en mi amor por ellos había un dolor anhelante: ¿por qué no podía amarlos sin odiarlos? Me escuchaban, y vi que no podían concebir lo que estaba diciendo, pero no me arrepentí de haberles hablado de ello: sabía que entendían la intensidad de mi angustioso anhelo por aquellos a

quienes había dejado. Pero cuando me miraban con sus dulces ojos llenos de amor, cuando sentía que en su presencia mi corazón también se volvía tan inocente y justo como el de ellos, la sensación de la plenitud de la vida me quitaba el aliento, y los adoraba en silencio.

Oh, todo el mundo se ríe en mi cara ahora y me asegura que uno no puede soñar con detalles como los que estoy contando ahora, que solo soñé o sentí una sensación que surgió en mi corazón en delirio e inventé los detalles yo mismo al despertar. Y cuando les dije que quizás realmente era así, ¡Dios mío, cómo se reían en mi cara y qué alegría causé! Oh, sí, por supuesto que fui vencido por la mera sensación de mi sueño, y eso fue todo lo que se preservó en mi corazón cruelmente herido; pero las formas e imágenes reales de mi sueño, es decir, las mismas que realmente vi en el momento de mi sueño, estaban llenas de tal armonía, eran tan encantadoras y cautivadoras y eran tan reales, que al despertar, por supuesto, fui incapaz de expresarlas en nuestro pobre lenguaje, por lo que estaban destinadas a volverse borrosas en mi mente; y así quizás realmente fui forzado después a inventar los detalles, y por supuesto a distorsionarlos en mi apasionado deseo de transmitir al menos algunos de ellos lo más rápido que pudiera. Pero por otro lado, ¿cómo puedo dejar de creer que todo fue verdad? Quizás fue mil veces más brillante, feliz y alegre de lo que lo describo. Concediendo que lo soñé, sin embargo, debió haber sido real. Sabes, te diré un secreto: ¡quizás no fue un sueño en absoluto! Porque luego sucedió algo tan terrible, algo tan horriblemente verdadero, que no podría haber sido imaginado en un sueño. Mi corazón podría haber originado el sueño, ¿pero mi corazón solo habría sido capaz de originar el terrible acontecimiento que me

sucedió después? ¿Cómo podría haberlo inventado o imaginado yo solo en mi sueño? ¿Podría mi pequeño corazón y mi mente frívola y trivial haber llegado a tal revelación de la verdad? Oh, juzguen por ustedes mismos: hasta ahora lo he ocultado, pero ahora diré la verdad. El hecho es que yo... ¡los corrompí a todos!

07

V

Empieza: «Sí, sí, ¡terminó en que los corrompí a todos! Cómo sucedió, no lo sé, pero lo recuerdo claramente. El sueño abarcó miles...»

Sí, sí, ¡terminó en que los corrompí a todos! Cómo sucedió, no lo sé, pero lo recuerdo claramente. El sueño abarcó miles de años y me dejó solo un sentido de lo absoluto. Solo sé que fui la causa de su pecado y su caída. Como una vil trichina, como un germen de la peste que infecta reinos enteros, así contaminé toda esta tierra, tan feliz y sin pecado antes de mi llegada. Aprendieron a mentir, se aficionaron a la mentira y descubrieron el encanto de la falsedad. Oh, al principio quizás comenzó inocentemente, con una broma, coquetería, con juego amoroso, quizás de hecho con un germen, pero ese germen de falsedad se abrió camino en sus corazones y les agradó. Luego la sensualidad fue engendrada pronto, la sensualidad engendró celos, los celos — crueldad... Oh, no sé, no recuerdo; pero pronto, muy pronto se derramó la primera sangre. Se maravillaron y se horrorizaron, y comenzaron a dividirse y separarse. Formaron uniones, pero era una contra otra. Siguieron reproches, recriminaciones. Conocieron la vergüenza, y la vergüenza los llevó a la virtud. Surgió la concepción del honor, y cada unión comenzó a ondear sus banderas. Comenzaron a torturar animales, y los animales se retiraron de ellos a los bosques

y se volvieron hostiles hacia ellos. Comenzaron a luchar por la separación, por el aislamiento, por la individualidad, por lo mío y lo tuyo. Comenzaron a hablar en diferentes idiomas. Conocieron el dolor y amaron el dolor; ansiaron el sufrimiento y dijeron que la verdad solo podía alcanzarse a través del sufrimiento. Luego apareció la ciencia. A medida que se volvieron malvados, comenzaron a hablar de la hermandad y el humanitarismo, y entendieron esas ideas. A medida que se volvieron criminales, inventaron la justicia y redactaron códigos legales completos para observarla, y para asegurar que se cumplieran, instalaron una guillotina. Apenas recordaban lo que habían perdido, de hecho se negaban a creer que alguna vez habían sido felices e inocentes. Incluso se reían de la posibilidad de esta felicidad en el pasado y la llamaban un sueño. No podían siquiera imaginarla en una forma y figura definidas, pero, extraño y maravilloso de relatar, aunque perdieron toda fe en su felicidad pasada y la llamaron una leyenda, anhelaban tanto ser felices e inocentes una vez más que sucumbieron a este deseo como niños, hicieron un ídolo de él, erigieron templos y adoraron su propia idea, su propio deseo; aunque al mismo tiempo creían plenamente que era inalcanzable y no podía realizarse, sin embargo, se inclinaron ante ella y la adoraron con lágrimas. Sin embargo, si hubiera sucedido que hubieran regresado a la condición inocente y feliz que habían perdido, y si alguien les hubiera mostrado de nuevo y les hubiera preguntado si querían volver a ella, ciertamente se habrían negado. Me respondieron: "Podemos ser engañosos, malvados e injustos, lo sabemos y lloramos por ello, nos afligimos por ello; nos atormentamos y nos castigamos más quizás que ese Juez misericordioso que nos juzgará y cuyo Nombre no sabemos. Pero tenemos ciencia, y por medio de ella encontraremos la verdad y

llegaremos a ella conscientemente. El conocimiento es superior al sentimiento, la conciencia de la vida es superior a la vida. La ciencia nos dará sabiduría, la sabiduría revelará las leyes, y el conocimiento de las leyes de la felicidad es superior a la felicidad".

Eso es lo que dijeron, y después de decir tales cosas, cada uno comenzó a amarse a sí mismo más que a nadie, y de hecho no podían hacer otra cosa. Todos se volvieron tan celosos de los derechos de su propia personalidad que hicieron todo lo posible para restringir y destruirlos en los demás, y convirtieron eso en lo principal de sus vidas. Siguió la esclavitud, incluso la esclavitud voluntaria; los débiles se sometieron ansiosamente a los fuertes, con la condición de que estos últimos los ayudaran a someter a los aún más débiles. Entonces surgieron santos que vinieron a estas personas, llorando, y les hablaron de su orgullo, de su pérdida de armonía y proporción adecuada, de su pérdida de vergüenza. Se les ridiculizaba o se les apedreaba. Se derramó sangre santa en el umbral de los templos. Luego surgieron hombres que comenzaron a pensar cómo reunir a todas las personas nuevamente, de modo que todos, mientras aún se amaran a sí mismos más que a nadie, no interfirieran con los demás, y todos pudieran vivir juntos en una sociedad algo armoniosa. Surgieron guerras regulares sobre esta idea. Todos los combatientes al mismo tiempo creían firmemente que la ciencia, la sabiduría y el instinto de autopreservación obligarían a los hombres al final a unirse en una sociedad armoniosa y racional; y así, mientras tanto, para acelerar las cosas, 'los sabios' se esforzaron por exterminar lo más rápido posible a todos los que 'no eran sabios' y no entendían su idea, para que estos últimos no impidieran su triunfo. Pero el instinto de autopreservación se debilitó rápidamente; surgieron hombres

altivos y sensuales que exigían todo o nada. Para obtener todo recurrieron al crimen, y si no tenían éxito, al suicidio. Surgieron religiones con un culto de la no existencia y la autodestrucción por el bien de la paz eterna de la aniquilación. Al final, estas personas se cansaron de su trabajo sin sentido, y aparecieron signos de sufrimiento en sus rostros, y luego proclamaron que el sufrimiento era una belleza, porque solo en el sufrimiento había significado. Glorificaron el sufrimiento en sus canciones. Me movía entre ellos, retorciéndome las manos y llorando por ellos, pero los amaba quizás más que en los viejos tiempos cuando no había sufrimiento en sus rostros y cuando eran inocentes y tan encantadores. Amaba la tierra que habían contaminado incluso más que cuando había sido un paraíso, si solo porque había llegado el dolor a ella. ¡Ay! Siempre amé el dolor y la tribulación, pero solo para mí, para mí; pero lloraba por ellos, compadeciéndolos. Extendí mis manos hacia ellos en desesperación, culpándome, maldiciendo y despreciándome. Les dije que todo esto era obra mía, solo mía; que fui yo quien les trajo corrupción, contaminación y falsedad. Les supliqué que me crucificaran, les enseñé cómo hacer una cruz. No podía matarme, no tenía la fuerza, pero quería sufrir a manos de ellos. Anhelaba el sufrimiento, deseaba que mi sangre se drenara hasta la última gota en estas agonías. Pero solo se rieron de mí y finalmente comenzaron a considerarme loco. Me justificaron, declararon que solo habían conseguido lo que ellos mismos querían, y que todo lo que ahora existía no podría haber sido de otra manera. Al final me declararon que me estaba volviendo peligroso y que me encerrarían en un manicomio si no me callaba. Entonces un dolor tan grande se apoderó de mi alma que mi corazón se retorció y sentí como si me estuviera muriendo; y entonces... entonces desperté.

Era de mañana, es decir, todavía no era de día, pero eran alrededor de las seis en punto. Me desperté en el mismo sillón; mi vela se había consumido; todos dormían en la habitación del capitán, y había un silencio a mi alrededor, raro en nuestro apartamento. Lo primero que hice fue levantarme asombrado: nunca me había pasado algo así antes, ni siquiera en el más mínimo detalle; nunca, por ejemplo, me había quedado dormido así en mi sillón. Mientras estaba de pie y volvía en mí, de repente vi mi revólver cargado, listo, ¡pero al instante lo aparté! Oh, ahora, ¡vida, vida! Levanté mis manos y llamé a la verdad eterna, no con palabras, sino con lágrimas; un éxtasis inmenso inundó mi alma. Sí, vida y difundir las buenas nuevas. Oh, en ese momento decidí difundir las nuevas, y lo resolví, por supuesto, para toda mi vida. Voy a difundir las nuevas, quiero difundir las nuevas, ¿de qué? De la verdad, porque la he visto, la he visto con mis propios ojos, la he visto en toda su gloria.

Y desde entonces he estado predicando. Además, amo a todos los que se ríen de mí más que a cualquier otro. Por qué es así, no lo sé y no puedo explicarlo, pero así es. Me dicen que soy vago y confuso, y si soy vago y confuso ahora, ¿qué seré más adelante? Es cierto: soy vago y confuso, y quizás a medida que pase el tiempo lo sea más. Y, por supuesto, cometeré muchos errores antes de descubrir cómo predicar, es decir, descubrir qué palabras decir, qué cosas hacer, porque es una tarea muy difícil. Veo todo eso tan claro como la luz del día, pero, escuchen, ¿quién no comete errores? Y sin embargo, todos se dirigen hacia el mismo objetivo, todos se esfuerzan en la misma dirección de todos modos, desde el sabio hasta el ladrón más bajo, solo que por diferentes caminos. Es una vieja verdad, pero esto es lo nuevo: no puedo equivocarme mucho. Porque he visto la verdad; la he visto y sé que las personas pueden ser

hermosas y felices sin perder la capacidad de vivir en la tierra. No quiero ni puedo creer que el mal sea la condición normal de la humanidad. Y es justo esta fe mía de la que se ríen. Pero ¿cómo puedo dejar de creerlo? He visto la verdad, no es como si la hubiera inventado con mi mente, la he visto, visto, y la imagen viva de ella ha llenado mi alma para siempre. La he visto en una perfección tan completa que no puedo creer que sea imposible para las personas tenerla. Entonces, ¿cómo puedo equivocarme? Sin duda cometeré algunos errores y quizás hable en un lenguaje de segunda mano, pero no por mucho tiempo: la imagen viva de lo que vi siempre estará conmigo y siempre me corregirá y guiará. ¡Oh, estoy lleno de coraje y frescura, y seguiré adelante si fuera por mil años! ¿Saben? Al principio pensé ocultar el hecho de que los corrompí, pero eso fue un error, ¡fue mi primer error! Pero la verdad me susurró que estaba mintiendo y me preservó y me corrigió. Pero cómo establecer el paraíso, no lo sé, porque no sé cómo ponerlo en palabras. Después de mi sueño perdí el dominio de las palabras. Todas las palabras principales, de todos modos, las más necesarias. Pero no importa, iré y seguiré hablando, no dejaré de hacerlo, porque de todos modos lo he visto con mis propios ojos, aunque no pueda describir lo que vi. Pero los burlones no entienden eso. Fue un sueño, dicen, delirio, alucinación. ¡Oh! Como si eso significara tanto. ¡Y son tan orgullosos! Un sueño, ¿qué es un sueño? ¿Y no es nuestra vida un sueño? Diré más. Supongan que este paraíso nunca llegue a realizarse (eso lo entiendo), pero seguiré predicándolo. Y sin embargo, es tan simple: en un día, en una hora, todo podría organizarse de una vez. Lo principal es amar a los demás como a uno mismo, eso es lo principal, y eso es todo; no se necesita nada más, lo descubrirán de inmediato cómo organizarlo todo. Y sin embargo, es una verdad antigua que se ha contado y recontado mil

millones de veces, pero no ha formado parte de nuestras vidas. La conciencia de la vida es más alta que la vida, el conocimiento de las leyes de la felicidad es más alto que la felicidad, eso es contra lo que uno debe luchar. Y lo haré. Si solo todos lo quieren, se puede organizar de inmediato.

Y rastreé a esa niña... ¡y seguiré y seguiré!

0 8

¡Gracias por leer este libro de www.elejandria.com!

Empieza: «»

Descubre nuestra colección de obras de dominio público en castellano en nuestra web

LA BIBLIOTECA FILOSÓFICA

Sigue leyendo

Encontrarás el análisis de la obra, otras lecturas de Fiódor Dostoyevski y más libros completos gratis en labibliotecafilosofica.com.

Biblioteca de libros gratis ↗
Una ruta para empezar en filosofía ↗